

Resumen

En este artículo se discute la influencia de las instituciones del trabajo, en particular la normativa sociolaboral y los arreglos institucionales que se derivan de ella, sobre los niveles de sindicalización a través del análisis comparativo de tres países: Argentina, Chile y México. Aunque constituyen sólo uno de los determinantes de los niveles de afiliación sindical, esas instituciones tienen un papel decisivo, ya que definen quiénes tienen derecho a la afiliación y quiénes quedan excluidos, generan incentivos positivos y negativos que moldean las decisiones individuales de sindicalización y afectan a las estrategias sindicales de reclutamiento de miembros. Después de examinar aspectos históricos de las trayectorias de la afiliación sindical en los tres países, el análisis se centra, sucesivamente, en dos períodos en los que los países comparados muestran similitudes y contrastes en variables explicativas relevantes y también tendencias divergentes en la sindicalización. En el primero la comparación es entre la Argentina (1976-1983) y Chile (1973-1989), ambos bajo gobiernos militares. En el segundo, entre la Argentina (1991-2001) y México (1984-2000), en los que las reformas de liberalización económica y consecuentes transformaciones en la economía y el mercado de trabajo fueron similares. Se argumenta que, en cada período, el comportamiento diverso de la sindicalización, pese a contextos económicos y sociopolíticos similares, puede ser atribuido, por lo menos en parte, a diferencias en instituciones laborales cruciales.

Descriptor

(afiliación sindical)
(sindicalización)
(instituciones del trabajo)
(normativa sociolaboral)
(empleo)

Abstract

This paper discusses the influence of labour institutions, in particular labour regulations and the institutional arrangements they generate, on unionization rates, through the comparative analysis of Argentina, Chile and Mexico. Although only one of the factors determining unionization levels, those institutions have a crucial role, in that they define entitlements to and exclusions from the right to unionize, affect union recruitment strategies and, by generating positive and negative incentives, shape individual membership decisions. After discussing historical aspects of unionization trends in the three countries, the analysis centres, successively, in two periods in which the countries compared showed similarities and contrasts in relevant explanatory variables relevant to the analysis, and also diverging unionization trends. In the first, the comparison is between Argentina (1976-1983) and Chile (1973-1989), both under military regimes. In the second, between Argentina (1991-2001) and Mexico (1984-2000), where economic liberalization reforms and ensuing economic and labour market transformations were similar. It is argued that, in each period, the divergent behaviour of unionization, in spite of the similar economic and socio-political contexts, may at least partly be attributed to differences in key labour institutions.

Key words

(unionization)
(union membership)
(labour institutions)
(labour and social legislation)
(employment)

Mirta Zaida Lobato

Juan Suriano

Problemas e interrogantes de la historia de los trabajadores

El objetivo de este trabajo es examinar algunas líneas de la historiografía sobre los trabajadores en la Argentina, en especial la producción realizada desde la normalización institucional acaecida a partir de la recuperación democrática, y específicamente sobre el mundo del trabajo urbano.¹ En casi un cuarto de siglo muchos fueron los cambios que se produjeron en los modos de hacer historia, en los temas y problemas abordados, y la historia de la clase obrera no ha quedado al margen de ese proceso. Por otra parte, nos interesa también reflexionar sobre las perspectivas futuras de investigación con la idea de que dicha reflexión puede ayudar a superar el relativo estancamiento en la que hoy está sumergida la historia laboral.

Formas de hacer historia: los debates y sus ecos

Quiénes eran los trabajadores, qué labores realizaban, qué tipo de organizaciones crearon y cuáles fueron las formas de protesta son algunos de los interrogantes que los historiadores, hayan sido militantes o profesionales, trataron de responder desde que se fue consolidando, alrededor de la década de 1960, el interés por develar cuál había sido el papel de los obreros en la vida económica y política del país.

Mirta Zaida Lobato pertenece a la Universidad de Buenos Aires (UBA)

Juan Suriano pertenece a la Universidad de Buenos Aires-Instituto de Altos Estudios/Universidad Nacional de San Martín (UBA-IDAES/UNSAM)

¹ Esta revisión no pretende ser exhaustiva y algunos de los argumentos vertidos en este artículo retoman ideas de trabajos anteriores (Lobato y Suriano, 1993; Lobato, 2003; Suriano, 2006)

Como se ha señalado en reiteradas oportunidades, las respuestas a esos interrogantes se vertebraron alrededor de los trabajadores industriales varones, urbanos y organizados, con un fuerte énfasis sobre el papel de las ideologías y sobre los vínculos con el Estado

Este modo de hacer historia formaba parte de un movimiento más amplio, de carácter mundial, relacionado con la emergencia y consolidación de una *estructura de pensar* basada en la importancia asignada a la industria y a sus trabajadores. En este sentido, se debería subrayar que las ciencias sociales en general y la Historia en particular se constituyeron en Europa desde mediados del siglo XIX a partir de las ideas de Carlos Marx sobre el proletariado europeo que alcanzaron notable fuerza entre fines del siglo XIX y principios del XX. Como derivación, los conceptos de clase y lucha de clases rigieron buena parte de los estudios convirtiéndose en fuerzas dinámicas que organizaron temas y problemas. Posteriormente, en países como Inglaterra, los estudios históricos sobre los trabajadores adquirieron mayor complejidad en la obra de autores como Eric Hobsbawm o Edward P. Thompson en las décadas de 1960 y 1970 y un poco más tarde en la de estudiosos como Ralph Samuel y Gareth S. Jones entre otros. Estos autores, de un modo u otro y ejerciendo mayor o menor influencia, despertaron nuevos interrogantes, renovaron la historiografía sobre los trabajadores e impulsaron novedosos estudios no sólo en la Argentina sino también en Chile y el Brasil.

56

Como se ha señalado reiteradamente, las primeras preocupaciones por la historia de los trabajadores aparecieron en nuestro país cuando los militantes del campo socialista buscaron organizar a los obreros y escribir su historia con el objetivo de establecer la verdad de cada una de las posturas políticas e ideológicas en que se sustentaban. La historia militante fue clave en los primeros momentos de esta historiografía; pero, con la consolidación de los estudios en las universidades y el afianzamiento de campos académicos con sus reglas y sistemas de validación, la posta de estos abordajes fue tomada por los académicos y esta tendencia se mantuvo con variable intensidad hasta que las dictaduras latinoamericanas se entronizaron en nuestros países, arrasando también con algunos núcleos productores de saber en las universidades. En la Argentina sólo se mantuvieron esas lecturas en la *universidad en las sombras*, cuya base eran los grupos de estudios que se constituyeron fuera de los claustros. Después de 1983 se reorganizaron las carreras de Historia en las universidades, en especial las públicas, posibilitando, aunque no sin dificultades, un mayor acceso a esas lecturas vedadas en el pasado. De esta forma se abrió un espacio para repensar ya no sólo a los trabajadores organizados sino también a un mundo del trabajo más vasto, atendiendo a la complejidad y especificidad de las situaciones en las que vivían su experiencia. Si en el pasado no muy lejano las ideas de “conciencia y falsa conciencia”, “proletario consciente”, “clase del porvenir”, “ideología correcta”, “métodos correctos”, “esencia revolucionaria” –y su opuesto, la “esencia reac-

cionaria” – articularon las narraciones históricas sobre los trabajadores y si vanguardismo político y esencialismo estuvieron unidos en buena parte de esos relatos, el propio proceso histórico y las crisis de los paradigmas dominantes los colocaron en un espacio movedizo en el que adquirieron visibilidad las insatisfacciones, lo que dio lugar a unos pocos debates

La crítica fue alimentada desde temprano en el propio seno del marxismo. Por un lado, en Inglaterra, ya sea como parte de la historia popular, de la historia laboral o de la historia desde abajo, bajo el influjo de los Hammond o de los Webb, se cuestionaron claramente los modos consagrados de hacer historia y se produjeron algunas obras cuya influencia fue indiscutible en generaciones de historiadores. Por otra parte, las lecturas de Gramsci impulsaron también las reflexiones sobre las clases subalternas y abrieron un espacio para la emergencia de una literatura que cuestionaba el descuido historiográfico sobre vastos sectores de la población como el campesinado (crucial en la vida económica, social y cultural no sólo de Italia o España sino también de China, India o México). En algunos países de América Latina, como en Chile, los estudiosos plantearon la importancia de “las clases populares” (“los modestos labriegos”, “los artesanos”), en la Argentina se incorporó el concepto de “sectores populares” y en Brasil adquirió densidad la discusión sobre la esclavitud y su relación con la conformación de un mundo laboral y de derechos. Para investigadores de distintos países la noción de clase aparecía como fuertemente etno y eurocéntrica porque omitía las diferencias nacionales, raciales y de género. No sólo eso, en algunas regiones se discutió claramente el papel del imperialismo, del colonialismo y de las elites locales en la difusión de un discurso historiográfico que asignaba un papel secundario a los trabajadores en los procesos de descolonización. Así lo plantearon los historiadores indios en sus estudios sobre la subalternidad, ideas que retomaron investigadores europeos en un intento de revitalizar los análisis sobre el mundo del trabajo en sus propios países.²

57

La historiografía argentina sobre los trabajadores puede leerse dentro de este movimiento historiográfico general, aunque tiene algunas peculiaridades. La presencia ineludible de los trabajadores en la organización capitalista del país trajo como derivación su organización en asociaciones gremiales y la definición de los modos de lucha más adecuados para obtener mejoras en las condiciones de trabajo y el reconocimiento de la legitimidad de los derechos que ellos contribuían a definir. El proceso abarca, sin duda, todo el siglo XX y las historias laborales enfatizaron en sus análisis el proceso de formación de sindicatos y federaciones gremiales, los debates ideológicos y las grandes huelgas. El punto de partida era una visión de conjunto (global o macro) que buscaba establecer nexos entre el desenvol-

² La literatura sobre los debates historiográficos es extensa. Pueden consultarse *Internacional Labor and Working Class History*, 2000; Batalha, Teixeira da Silva y Fortes, 2004; Paniagua, Piqueras y Sanz, 1999 e *Historia social* 10, 1991. Para un acercamiento a la problemática de los estudios subalternos, véase Rivera Cusicanqui y Barragán, 1997.

vimiento general de la economía, las transformaciones de la sociedad y la emergencia de este tipo de organizaciones. También es sabido que, hasta comienzos de los años 1980, la visión del mundo del trabajo no era una preocupación central de la historia académica fuera de algunas honrosas excepciones (Panettieri, 1966; Godio, 1972). Sin embargo, en ese momento comenzó a abrirse una etapa diversa en los estudios sobre la clase obrera y los trabajadores argentinos que permitía alentar la posibilidad de la conformación de una "nueva historia de los trabajadores" basada en el planteo de temas y preocupaciones que hasta ese momento habían estado ausentes de la agenda de problemas. Esos temas referían a la experiencia de la clase obrera, las condiciones de existencia material, la importancia del lugar del trabajo, el rol desempeñado por el Estado, la vida cotidiana, la comunidad, la etnicidad, las simbologías y los rituales. Este movimiento renovador dirigía su atención a aspectos sociales y culturales tratando de superar aquella vieja historia contada por los militantes que se centraba en la narración cronológica de la organización sindical y las huelgas.

Los nuevos temas no sólo renovaban los enfoques, formulaban interrogantes inéditos e incorporaban fuentes no transitadas o efectuaban relecturas de las tradicionales, sino que también reinterpretaban y ponían en discusión conceptos clave para la historia de los trabajadores, como "clase", "lucha de clases" o el más heterodoxo de "sectores populares". En torno a esta renovación historiográfica, que era conceptual y metodológica, se esbozó un debate que, aunque rápidamente abortado, generó consensos a favor y en contra. Desde nuestro punto de vista, el hecho más negativo fue que esa nueva historia que se anunciaba no había alcanzado en ese momento un punto de maduración que le diera bases sólidas a la confrontación; más aún, varios años después el conjunto no llegó a conformar un *corpus* que nos permitiera entender la complejidad del objeto de estudio a escala nacional y a través de sus diversos periodos históricos. Así como no hubo una profundización de los conceptos en cuestión, hay enormes áreas (regionales y temporales) descuidadas o no transitadas y tampoco se han producido trabajos de síntesis.

Al reflexionar sobre los caminos de esta historiografía de los trabajadores es pertinente que la evaluación incluya los resultados obtenidos pero también sus limitaciones, puesto que se trata de una disciplina que transita entre varias aguas, algunas más o menos revueltas. Precisamente, una de ellas muestra un cierto estancamiento en el desarrollo de una nueva historia laboral que había sido central en el desarrollo de la historia social. Las respuestas al interrogante sobre las razones de ese estancamiento o falta de dinamismo son complejas y reconocen causas variadas que se relacionan, por un lado, con aspectos de las transformaciones socioeconómicas producidas en la Argentina en los años noventa y, por otro, con factores estrictamente académicos (paradigmas dominantes, conceptos, teorías, metodologías y pugnas académicas).

Crisis de la historia de los trabajadores

La historia de los trabajadores, como ha ocurrido en otras latitudes, se vio influida por la crisis producida en el mundo del trabajo. Este fenómeno, que no fue privativo de la Argentina pues afectó también a los países centrales, se relaciona con las transformaciones estructurales de la economía capitalista a nivel mundial iniciadas como consecuencia de la crisis petrolera de mediados de la década de 1970. Estos cambios influyeron profundamente en el mundo laboral y, más precisamente, en las formas de inserción en la estructura productiva porque se desarrolló un proceso de desproletarización y precarización del trabajo en la industria que implicó una reducción de la clase obrera industrial tradicional. A la vez, el proceso de tercerización del trabajo del sector servicios modificó la estructura laboral al aumentar significativamente la participación femenina. Consecuentemente, este cambio alteró las mismas formas de representación gremial y política de los trabajadores; además, "la crisis afectó también intensamente el universo de la conciencia, de la subjetividad del trabajo, de sus formas de representación" (Antunes, 1997, p. 106). En este contexto, los sindicatos se debilitaron, perdiendo en buena medida su capacidad de presión y negociación, lo que los condujo a adoptar una actitud defensiva, a aceptar los temas de discusión impuestos por la agenda neoliberal y, en buena medida, a participar y negociar con el orden impuesto por el capital y el mercado.

En nuestro país, aunque esta situación repercutió de una manera diferente en tanto la estructura industrial era sensiblemente de menor envergadura que en los países centrales, la crisis fue, sin embargo, especialmente significativa, tanto por la particular crudeza que adquirió el proceso de reconversión económica como por la desordenada retirada del Estado en la regulación de las relaciones laborales. Esa retirada comenzó en 1975, continuó durante la dictadura militar y alcanzó su mayor significación en los años 90 durante el gobierno justicialista del presidente Carlos Menem. El resultado de estas políticas fue un verdadero colapso social cuyo punto culminante se expresó en las movilizaciones populares desatadas a fines de 2001 que echaron por tierra al gobierno de la Alianza presidido por Fernando de la Rúa. Pero la consecuencia más importante de estas políticas fue la crisis del mercado de trabajo que produjo el aumento de la desocupación, la subocupación y el empleo eventual e informal que acrecentaron los niveles de pobreza en términos nunca vistos antes. La Argentina cambió notablemente con la aparición de una nueva categoría en el panorama de la pobreza: "los nuevos pobres", un grupo que se diferencia claramente de los "pobres estructurales" (aquellos que siempre fueron pobres) y que abarca un conjunto de personas, en buena medida pertenecientes al mundo de los trabajadores, que perdieron sus empleos y se empobrecieron, resignando aspectos vitales de sus condiciones de vida en el pasado.

Además, se evidencian cambios en la estructura laboral ya que ha aumentado sensiblemente la participación femenina en el mercado de trabajo. Un poco más de la mitad de las mujeres en edades económicamente activas están actualmente ocupadas o buscando de manera permanente un empleo, aunque es cierto que esta mayor participación femenina en el mercado laboral, registrada desde la recesión iniciada hacia mediados de 1994 con las consecuencias del llamado efecto "tequila", no ha evitado que los niveles de desocupación entre las mujeres hayan sido superiores a los de los hombres. Desempleo y precarización laboral fueron rasgos dominantes al finalizar el siglo XX y ello produjo una importante disminución de la fuerza social y política de los sindicatos. Este debilitamiento se evidenció en la fragmentación de la dirigencia gremial y en la subordinación a las políticas ejecutadas por el gobierno del presidente Menem por parte del sector sindical vinculado al peronismo. Paralelamente, los expulsados del mundo del trabajo comenzaron a hacer oír sus demandas y la protesta alcanzó su mayor grado de visibilidad en diciembre de 2001. Estas características han convertido al estudio de los procesos de empobrecimiento y de las nuevas formas de la protesta social —escasamente abordados por los historiadores— en el centro de las reflexiones de sociólogos y científicos políticos.

60

El movimiento sindical, debido al impacto de estas transformaciones, se debate entre la pérdida de afiliados, la precarización y la subalternización de su rol.³ El movimiento obrero argentino tiene una larga tradición de lucha desde que, a principios del siglo XX, se constituyera como una organización gremial vigorosa en el contexto de los países latinoamericanos bajo la orientación, no exenta de dificultades y limitaciones, de las corrientes anarquistas, sindicalistas revolucionarios, socialistas y, más tarde, comunistas. Estas organizaciones contribuyeron tanto a dotar a los trabajadores de una identidad como a construir la ciudadanía social. Sería difícil comprender la obtención de los derechos laborales y de la activa presencia del Estado regulando las relaciones obrero-patronales a partir de la primera etapa peronista sin tener en cuenta la experiencia previa.

³ La ola de conflictos producida en los últimos meses parecería indicar una recuperación del sindicalismo clásico. Esta imagen se refuerza con cierta estrategia gubernamental que, en un primer momento, alentó la recuperación del protagonismo sindical por la necesidad política de neutralizar a los sectores más radicalizados del movimiento piquetero. Sin embargo, este movimiento, casi limitado al sector público y de servicios, estaría indicando un reacomodamiento de los niveles salariales debido a la recuperación económica. Aunque hoy la tendencia indica que la mayor parte del nuevo empleo que se genera no es en negro, sin duda la precarización, la tercerización y la desocupación, que son los ingredientes debilitadores del sindicato, no se han modificado sustancialmente.

Con posterioridad al golpe de 1955, el sindicalismo recorrió un camino que, aunque convulsionado, fue tal vez el más rico de su historia. Si, por un lado, alcanzó su mayor poderío y capacidad de presión bajo el ala de lo que se ha dado en llamar "burocracia sindical peronista", por otro, y simultáneamente, transitó un sendero de radicalización cuyo punto culminante fue el clasismo de los gremios cordobeses a comienzos de los años seten-

ta. En buena medida fue la historia del movimiento obrero, desde la época de hegemonía anarquista hasta la peronista, la que despertó el interés de los investigadores por el mundo del trabajo (Oved, 1978; Bilsky, 1985; Falcón, 1987; Del Campo, 1983; Torre, 1988 y 1990; Suriano, 2001).

Como consecuencia de la crisis del trabajo y de su principal manifestación (el desplazamiento de la centralidad de la clase obrera y de sus organizaciones representativas), durante un tiempo la historia de los trabajadores fue acorralada en los márgenes de la producción histórica en tanto los historiadores se planteaban otros interrogantes con más fuerza, como los relacionados con los procesos electorales, las prácticas políticas, la construcción de una esfera pública, el mundo rural del siglo XIX y las diferencias regionales. En cierta forma, la pérdida de vitalidad de la historia obrera estaría expresando la crisis de la sociedad basada en el trabajo y en la difusión de los derechos asociados a su desenvolvimiento (Castel, 1997). En este contexto, la historia de los trabajadores parece adaptarse al aforismo de Croce de que "toda la historia es historia contemporánea" en el sentido de que la situación del presente condiciona el análisis del pasado; por eso hoy ocupa un lugar marginal y corre el peligro de quedar como un dato cristalizado del pasado. Los historiadores interesados en el tema no hemos podido arrancarla de su estado letárgico —quizá tampoco sepamos cómo hacerlo—. Sin embargo, estos datos negativos de más de una década tal vez puedan convertirse en positivos si los conflictos provocados por el desajuste social de las políticas neoliberales —piquetes, cortes de ruta, empresas recuperadas— sirvieran de aliciente para dar un nuevo impulso a la historia obrera, esto es, si el intento por comprender los nuevos movimientos sociales que se desprenden de la crisis del mundo del trabajo puede generar nuevas preguntas y nuevas preocupaciones sobre la historia de los trabajadores.

61

Esta percepción un tanto pesimista sobre el estado de la producción actual de la historia obrera se basa en la simple y poco alentadora observación de las muchas y diversas publicaciones de Historia. En efecto, una rápida mirada basta para darse cuenta de que el interés por los trabajadores es hoy secundario en el conjunto de las preguntas que se formula la historia académica.⁴ Si bien la mencionada crisis del mundo del trabajo es, seguramente, una de las causas determinantes de esta pérdida de interés, no es menor la incidencia de los para-

⁴ Un somero análisis de *Estudios del Trabajo* desde su primer número de 1991 hasta el presente muestra que sobre el conjunto de artículos publicados menos de una docena han sido escritos por historiadores y que su representatividad sólo aumentó cuando, desde 1996, se incorporó la sección "Documentos". El *Anuario IEHS* de la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires muestra un panorama más complejo pues los artículos referidos al mundo rural del siglo XIX nos dicen mucho del mundo del trabajo aunque la excesiva especialización del campo ha derivado en un escaso diálogo entre estos historiadores y los que tienen como objeto a los trabajadores. En *Entre pasados* la temática ha estado presente en casi todos sus números, tanto en el debate historiográfico, como en la preocupación por la cuestión de los archivos, en algunos artículos y en la sección "galería de textos" con la traducción de artículos de Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, Geoff Eley o Ralph Samuel entre otros. En otras publicaciones periódicas de Historia los artículos sobre el mundo del trabajo han estado casi ausentes.

digmas predominantes en el campo de la historiografía de los países centrales que han privilegiado los análisis del nivel político en desmedro del predominio de la historia social y de la historia económica. En la Argentina esta tendencia se hizo evidente a partir de la restauración de la democracia en 1983, no sólo por la influencia de los paradigmas que se imponían en el mundo sino también porque se produjo un intento por comprender históricamente los avatares de la democracia y su funcionamiento irregular; desde entonces, se ha producido una fuga masiva de investigadores hacia el campo de la historia política. No estamos señalando este fenómeno como un dato negativo; sólo describimos una situación de hecho pues debe señalarse que una de las limitaciones de la historia política en nuestro país es que, tanto en las lecturas que privilegian la construcción de una esfera pública como en las lecturas realizadas desde arriba a través del análisis de las prácticas, de las ideas y de los discursos de los sectores dominantes, los trabajadores quedan excluidos de los análisis porque se diluyen en la más amplia categoría de ciudadanía política.

62 Esta exclusión del sujeto trabajadores del estudio de las prácticas políticas no se debe sólo al desinterés desde la historia política; también fue abonado por los propios investigadores de la historia obrera. Ni aquella mirada enfocada en la organización sindical, ni la más nueva historia de los trabajadores centrada en aspectos culturales y sociales prestaron atención al problema de la ciudadanía política. Ambas interpretaciones otorgaron excesivo énfasis a las características apolíticas de los trabajadores durante el período agro-exportador. Aspectos como el sistema electoral fraudulento y limitativo imperante hasta 1912, el gran porcentaje de extranjeros en el mundo del trabajo o el predominio del anarquismo habrían determinado la apatía política de los trabajadores y la consecuente ausencia de reclamos masivos de derechos políticos, contrariamente a lo que ocurría en buena parte de Europa. La reforma del sistema electoral o la decadencia del anarquismo no modificaron sustancialmente estas interpretaciones, más allá de prestar atención a la importancia que adquiriría ahora la interpelación desde los partidos políticos a los obreros en tanto electores (Rock, 1977; Viguera, 1991; Karush, 2002). Es evidente que el estudio del significado de la ciudadanía para los trabajadores durante la etapa agro-exportadora ha estado ausente de la historiografía; es este un vacío del que podrían ocuparse los investigadores.⁵

⁵ Véase el magnífico trabajo de David Montgomery (1997) sobre el significado de la ciudadanía para los obreros norteamericanos durante el siglo XIX.

Los abordajes sobre la historia obrera reciente

El pasado reciente, y no nos referimos aquí sólo a la última década sino fundamentalmente al que estuvo marcado por la violencia política, por la represión dictatorial y por la transición democrática, es un territorio hasta ahora transitado de manera escasa y despereja, no sólo en el plano de la historia del trabajo sino también en todos los demás aspectos. Un primer obstáculo está referido a los viejos argumentos positivistas que pregonaban la necesidad de tomar distancia de los acontecimientos para lograr cierto grado de objetividad. Este antiguo axioma ya no merece credibilidad y hoy podemos aceptar que cuando una etapa adquiere rasgos propios, claramente identificables de tal modo que es posible referirse a ella de manera general, estamos en condiciones de abordar un estudio de ese período. Sin embargo, no se trata sólo de reticencia a considerar los fenómenos recientes como parte del pasado: buena parte de esos historiadores tienen que afrontar la difícil situación de evaluar su propia intervención en un período que está sujeto a un intenso debate, sobre todo porque se asocia a la construcción de una sociedad democrática y plural que elimine el posible retorno de los fantasmas dictatoriales del pasado.

63 En este sentido, durante los últimos años ha comenzado a producirse una saludable tendencia a revisar la historia de las últimas décadas, especialmente el complejo y traumático período de la dictadura militar. Esta aproximación se dio en el marco de una fuerte pugna por la recuperación de la memoria en la que participaron las organizaciones de derechos humanos y otros nucleamientos ideológicos y políticos. Si bien estas pujas están lejos de concluir, actualmente numerosos investigadores, en su mayoría jóvenes historiadores deseosos de comprender y explicar un período tan complejo y que provocó tantas heridas, han comenzado a debatir la historia reciente con las herramientas propias de la profesión y de manera más sistemática.

Si el estudio de este período debe superar tantas dificultades, no resulta extraño, entonces, que la historia de los trabajadores del último cuarto del siglo XX haya merecido escasa atención por parte de los historiadores. Además, como ya se señaló, su escaso desarrollo es alimentado por la crisis del mundo del trabajo y el desplazamiento de ciertos paradigmas historiográficos. Aunque actualmente esta tendencia parece comenzar a revertirse,⁶ existen escasas investigaciones y la mayoría de ellas abarcan el período previo a la irrupción de la dictadura militar en 1976. En este sentido, se destacan, tanto por la rigurosidad como por la renovación historiográfica, los libros de dos historiadores

⁶ Un reciente trabajo de Héctor Palomino (2005) es una excelente síntesis del movimiento sindical y de los nuevos movimientos sociales del último cuarto de siglo. Es, a la vez, una interesante reflexión para comprender los cambios en el mundo del trabajo y las nuevas (y viejas) formas de lucha emergentes de dichas transformaciones.

extranjeros, uno sobre la resistencia y el sindicalismo peronista (James, 1990) y otro sobre el gremialismo combativo cordobés (Brennan, 1994). También debe incluirse en esta línea renovadora la rigurosa investigación de Mónica Gordillo sobre la estructura gremial cordobesa en la primera mitad de los años setenta (Gordillo, 1996). Estos trabajos recorren diversos temas —la resistencia peronista, las relaciones entre las bases y la dirigencia gremial, las peculiaridades de la industria automotriz cordobesa y del movimiento obrero de esa provincia—, realizan una combinación en el análisis de la experiencia de los trabajadores, la actividad de los militantes y los dirigentes gremiales y utilizan recursos documentales y metodológicos más amplios. Por todo esto, estos textos constituyen referencias obligadas de la historia obrera argentina posterior al derrocamiento de Perón.

Desde una perspectiva diferente, hace unos años se publicó un estudio que pretende interpretar “la historia desde abajo” e intenta demostrar la interrelación existente entre la izquierda y la clase obrera en el período 1969-1976 y la “simpatía” que esta habría demostrado hacia aquella (Pozzi y Schneider, 2000). Uno de los grandes inconvenientes de este texto es de tipo metodológico: se usaron las entrevistas de los autores a ocho militantes de izquierda de la época, las cuales les sirven para demostrar el carácter solidario y no individualista de la clase obrera. En realidad, en el texto se produce una confusión de voces (autor-entrevistado) pues los autores reproducen la versión de los propios actores y la toman como propia. En este punto aparecen varios interrogantes vinculados a los usos de las fuentes orales:⁷ ¿es posible darles voz a los actores de manera acrítica?; ¿cuál es el rol del historiador en este caso?; ¿es sólo un mero reproductor de la voz de los oprimidos? Este es un terreno de la historia obrera reciente en el que, además de encarar verdaderos proyectos de investigación en los que se combinen fuentes orales y escritas, debería producirse un debate entre aquellos interesados en ella.

Pero esta forma de hacer historia obrera presenta otros problemas. Hace más de una década, Cecilia Cangiano (1993) señalaba las virtudes y las limitaciones de esa producción en referencia a otro texto del autor (Pozzi, 1988). Advertía que el rasgo fundamental de esta forma de encarar la historia obrera es la existencia de cierto esencialismo (que se repite en el texto analizado en el párrafo anterior) en cuanto supone que la clase no solamente está siempre presente (como el sol en la mañana) sino que resiste permanentemente los embates de represores y patrones. Ese esencialismo lleva a perder de vista las complejidades de un proceso histórico caracterizado por transformaciones de tipo estructural y

coyuntural que, indefectiblemente, cambian a la clase obrera modificando su conducta, tanto individual como colectiva, y alteran su cohesión. Esta

⁷ Hay una amplia y difundida producción sobre los problemas de la historia oral y las complejidades en la interpretación de la evocación y el recuerdo cuya enumeración excede el objetivo de este artículo

última, así como la conciencia de clase, no existen porque sí, ni permanecen inalteradas e inmunes a las presiones que un proceso represivo como el iniciado en 1976 desató sobre la sociedad toda y sobre los trabajadores en particular. Esta forma de entender la historia obrera malinterpreta o desconoce las tradiciones políticas, ideológicas y culturales de los trabajadores, que nos demuestran que la formación y la conciencia de clase no son un proceso acumulativo y progresivo sino que reconocen situaciones cambiantes

Hay una serie de trabajos recientes sobre la experiencia de los militantes fabriles (Alpargatas, Astarsa, Metalúrgica Tandil) durante la dictadura que pueden abrir nuevos rumbos. Uno de ellos acaba de ser editado: nos referimos al libro de Federico Lorenz *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en los 70*. Allí se pretende, sobre todo, armar un relato de los vínculos que los hombres construyeron sobre la base de la vivencia de sus relaciones, teniendo en cuenta el peso de las motivaciones afectivas en las conductas políticas, la carga subjetiva en la toma de decisiones que, en muchos casos, se transformaron en opciones de vida o muerte. Este estudio de la historia de “los navales de Tigre” desde su unión como grupo sindical hasta su destrucción durante la dictadura militar debería obligarnos a reflexionar acerca de la necesidad metodológica de no descuidar este tipo de motivaciones cuando se examinan los fenómenos políticos (Lorenz, 2007)

Por otro lado, el texto intenta dar densidad a la experiencia apartándose del maniqueísmo predominante y asumir como un problema el sesgo clasista que, desde hace treinta o cuarenta años, tiñe las lecturas acerca de los obreros: las de quienes pretendieron conducirlos, las de quienes los reprimieron y también las de quienes hoy escriben sobre ellos. Se propone retomar la vieja y problemática cuestión acerca de que una historia popular no se define sólo por su objeto, sino también por la perspectiva desde el cual se mira para escribirla. En este sentido, el análisis de la experiencia de los actores es una pieza fundamental para evitar las simplificaciones. Cuando se habla de la conformación de la identidad de clase, nunca está demás volver a E. P. Thompson:

Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y, si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas (Thompson, 1989, p. xvii)

Teniendo en cuenta lo señalado, es indudable que estamos frente a un vasto e inexplorado campo del mundo del trabajo en las últimas tres décadas y que se torna necesario impulsar y encarar la investigación y el análisis de una múltiple

cantidad de temas de los que sabemos muy poco. Si bien la agenda es inabarcable, pueden delimitarse algunos temas: las formas en que las transformaciones de los procesos de trabajo afectaron a los trabajadores, la introducción de normas destinadas a reconvertir la industria, el achicamiento del sector estatal en la generación de empleo, el aumento de la desocupación o los cambios en las formas de protección estatal. Por otro lado, también hay que considerar que se modificaron las estructuras gremiales y los repertorios de confrontación. Habría entonces que encarar el estudio de las formas invisibles de la protesta obrera durante la represión de la dictadura militar inaugurada en 1976, la relación entre sindicalismo, partidos políticos y gobierno a partir de la recuperación de la democracia (por ejemplo, la ofensiva permanente de la CGT en contra del gobierno de Raúl Alfonsín),⁸ el debilitamiento sindical de los años noventa o los nuevos movimientos sociales generados a partir de la desestructuración del mundo del trabajo clásico.⁹ Por supuesto, la revisión de este período de la historia obrera implica también debatir las diversas perspectivas teóricas y metodológicas desde las cuales se la puede abordar.

La recomposición de la clase obrera, sus expresiones culturales y sus acciones pueden constituirse en temas fundamentales para analizar todo el período, pero es necesario además incorporar una dimensión espacial más amplia. Las prácticas de los trabajadores, su particular experiencia laboral y política, ya no pueden subsumirse en los focos de protesta como los de la ciudad de Buenos Aires, Córdoba o Rosario. Desde los años sesenta, los cambios en las economías regionales produjeron transformaciones de importancia en las condiciones de trabajo de la actividad monoprodutora vinculada al azúcar en Tucumán, al algodón en Chaco o al tabaco en Misiones, así como en las empresas estatales asociadas a la explotación de petróleo y carbón y a la producción de acero. Un examen del proceso histórico en un espacio más amplio puede ayudar a dibujar la magnitud de los cambios que generaron la aplicación de las políticas neoliberales y el avance arrollador de los procesos de privatización impulsados durante la presidencia de Carlos Menem. En diversas universidades y unidades de investigación regionales se produjo una importante cantidad de estudios monográficos y artículos desde el punto de vista local y regional sobre los trabajadores vinculados a diversas industrias (petróleo, carbón, pesca, fruticultura, azúcar, algodón, tabaco o actividad vitivinícola). Ahora bien, resta aún la ardua tarea de integrar esos aportes con el fin de tener una mirada de conjunto del mundo laboral y discutir cuál es la historia obrera reciente y cómo estudiarla.

⁸ Incluso sería atractiva una historia de esta confederación gremial.

⁹ Los nuevos movimientos sociales han sido objeto estos últimos años de un amplio y rico análisis por parte de politólogos, antropólogos y científicos políticos.

El rumbo actual de la historia de los trabajadores

Más allá de las dificultades planteadas, es posible que sea la hora de realizar una síntesis de lo hecho, puesto que aún no se ha escrito una historia de los trabajadores que integre todos los fragmentos dispersos. Esa nueva interpretación tiene que incorporar necesariamente las investigaciones que no tuvieron como objeto ni como sujeto a los trabajadores; dialogará con la historia social, con la historia política, con la historia económica, con la historia cultural, con la historia regional y con la historia de las mujeres. Deberá apelar a otras disciplinas como la Antropología y tendrá que ser más flexible y abierta a los problemas planteados en otros espacios de investigación. Esa flexibilidad y apertura intelectual tiene que ejercerse también dentro de la propia historia de los trabajadores en la Argentina, campo donde se advierte cierto enclaustramiento. Sería pertinente encarar un diálogo más fuerte entre quienes miran cuestiones más estructurales (procesos de trabajo, relaciones laborales, organizaciones) y quienes parecen orientarse a las dimensiones culturales. El estudio de grupos diversos de trabajadores y de diferentes ramas industriales, del pensamiento empresario, de los sistemas de valores y de las ideas de empresarios y trabajadores (varones y mujeres), de la conformación de instituciones y profesionales relacionados con el mundo del trabajo y de los vínculos entre los trabajadores y con el Estado son los temas y los problemas que necesita desarrollar la historia de los trabajadores para recuperar su propia dinámica. De modo que es necesario repensarla buscando integrar los aportes de la nueva historiografía en una visión globalizadora de los procesos históricos.

Simultáneamente, la historia político-institucional debe estar atenta al examen de la constitución de un ámbito público de los trabajadores, de sus mecanismos de acción, de las formas con que buscan moldear a sus bases los dirigentes gremiales, de su vinculación con las fuerzas políticas y también de las instituciones estatales que intervienen en las relaciones laborales, desde el Departamento Nacional del Trabajo hasta el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Si partimos de la reflexión sobre las condiciones de producción en la Argentina y sus resultados concretos, para producir una lectura renovadora de la historia laboral —que se había anquilosado alrededor del examen de las organizaciones sindicales y que tenía un sesgo temporal y temático articulado en torno del fenómeno del peronismo—, será necesaria una revisión crítica de los supuestos teóricos de los estudios más tradicionales sobre la clase obrera así como una investigación que, sin someterse a los paradigmas que el *giro lingüístico* propone —los cuales, por otra parte, carecen de peso en las historias producidas en nuestro país—, esté abierta a la importancia del lenguaje para examinar los deslizamientos que recorren la experiencia obrera cuando se habla de identidades (Jones, 1989).

Algunos ejemplos nos ayudarán quizás a mostrar caminos posibles, no únicos ni excluyentes. El análisis de las fábricas puede contribuir a producir una combinación de las propuestas historiográficas en debate pero no como una fusión sino como un constante tránsito entre lo micro y lo macrohistórico, entre primeros planos de objetos y sujetos y miradas más distantes y extensas (Lobato, 2001; Dicósimo, 2006). Si se ubica a la fábrica como protagonista se pueden tejer varios entramados de relaciones: la de los trabajadores entre sí, la de sus vínculos con el Estado y las fuerzas políticas, la de las relaciones de género y étnicas. Es un modo posible de recuperar a los sujetos *trabajadores* (varones y mujeres, niños y adultos, nativos y extranjeros). Como sostiene E. P. Thompson, la relación histórica que está implícita en la noción de clase debe estar siempre sustentada *en gente real y en un contexto real*; es entonces importante entender las relaciones de producción –incluidos los vínculos entre empresarios y trabajadores– y las tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales que resultan de su experiencia de trabajo. El trabajo organiza la vida y las narraciones locales (barrio, localidad); y lo que los estudios sobre cultura barrial separaban se une de manera tal que los análisis se deslizan de la fábrica a la comunidad y viceversa (Thompson, 1989).

68

Un concepto clave para leer una unidad de producción –como es el caso de la fábrica, por ejemplo– es el de “proceso de trabajo”. Esa noción se encuentra en el centro de los debates actuales sobre las transformaciones del proceso industrial. Lo que era un antiguo enclave de interés sociológico se convirtió en un elemento fundamental en los debates sobre el pasaje del viejo a un nuevo paradigma industrial. El análisis sobre la construcción histórica de los principios, técnicas y formas organizativas de la relación capital-trabajo puede matizar tanto la historia de los trabajadores como la historia de la industria y, al incorporar también las producciones discursivas, es posible entender de qué modo y a través de qué circuitos se acuñaron y difundieron conceptos tales como eficiencia, racionalidad, modernización y progreso, así como se establecieron que ellos eran centrales para la acumulación de capital. No se trata de convertir al historiador en un ingeniero industrial que estudie cada uno de los movimientos que realiza el trabajador con sus manos, herramientas y máquinas o que determine el esfuerzo exigido; de lo que se trata es de que ese análisis se integre en una lectura comprensiva de las labores desplegadas en fábricas y talleres, en los marcos del desarrollo capitalista, participen o no los trabajadores en reclamos y conformen o no organizaciones. Las fábricas llevan a las ramas de producción –y viceversa–; y este análisis puede contribuir a conocer mejor el desarrollo de la industria en la Argentina; pero, además, ayudaría a romper la línea que divide a la historia de los trabajadores de las historias de empresas, cuya evolución se advierte también a lo largo de estos años.

El examen de las fábricas contribuye, por otro lado, a delinear el cuadro de las representaciones habituales de los sistemas productivos en términos de una

dominación ejercida sobre un conjunto de trabajadores. Las propuestas teóricas de erradicar el sesgo androcéntrico presente en el debate sobre los procesos de trabajo tienen también una materialización que las historias sobre trabajadores rara vez juntan como parte de un análisis integral. Como propuesta política, el planteo de metas de equidad social que contemplen la igualdad de género, o mejor aún, la necesaria equidad entre hombres y mujeres –porque ella se inserta en la más conocida división sexual del trabajo– requiere de la ruptura de la matriz analítica naturalizada e implícita de las teorías, prescripciones, definiciones e interrogantes planteados en la literatura existente (Roldán, 1992). Se puede dar un paso más y revisar la historia laboral realizada formulando nuevas preguntas que incorporen el complejo y específico mundo del trabajo femenino, pensando tanto los lugares de trabajo o el trabajo familiar como el rol del Estado y elaborando un examen del orden de las representaciones (Lobato, 2007).

Por otra parte, los estudios sobre las ideologías que hicieron del movimiento obrero el centro de sus interpelaciones son aún una cantera inagotada. En este sentido, la investigación sobre el movimiento cultural, político e ideológico del anarquismo (Suriano, 2001), a pesar del declarado interés de su autor por alejarse de los clásicos estudios que enfatizaban la relación directa del anarquismo con el movimiento obrero (Oved, 1978; Falcón, 1985 y Bilsky 1985), proporciona un análisis exhaustivo de sus tácticas y estrategias políticas y culturales, lo que incluye símbolos y rituales, que apelan al “pueblo” tanto como a los trabajadores para educarlos y concientizarlos con la meta de una indefinida emancipación universal. Sin embargo, faltan estudios sobre los movimientos políticos, ideológicos y sociales anteriores a la emergencia del peronismo, desde el socialismo al comunismo pasando por los grupos nacionalistas. Tales investigaciones pueden arrojar luces sobre supuestos que forman parte del sentido común. Por ejemplo, el examen del anarquismo argentino ha puesto en tela de juicio la aseveración proveniente del marxismo que le adjudica un escaso bagaje teórico, un carácter arcaico e irreflexivo propio de las sociedades “menos desarrolladas”. En este sentido, aun reconociendo las influencias de Eric Hobsbawm en los modos de hacer historia obrera, el texto de Suriano discute esta interpretación clásica que se basaba en las críticas de Marx y Engels y de Proudhon y Bakunin. Profundizando estas líneas de investigación, algunas tesis actualmente en curso han comenzado a abordar el estudio de las otras ideologías (comunismo, socialismo, nacionalismo) ¹⁰

69

Un párrafo especial merece el tema de la conformación de instituciones estatales que regulen las relaciones laborales así como la constitución de profesiones y grupos de expertos. Desde las décadas de 1960 y 1970 la pregunta sobre el Estado y sus instituciones es recurrente en numerosas investigaciones planteadas desde una matriz

¹⁰ Es el caso de los trabajos de Hernán Camarero sobre el Partido Comunista, Ricardo Martínez Mazzola sobre el socialismo y Mariela Rubinzal sobre el nacionalismo obrerista.

macro sociológica. Sin embargo, ciertos estudios parciales realizados desde la Historia y la Antropología han mostrado la importancia de desarrollos particulares que ayuden a pensar el complejo proceso de formación de agencias estatales (Suriano 2000; Lvovich y Suriano 2006; Soprano, 2000; Garguin, 2000). En este sentido, la acción del Departamento Nacional del Trabajo (DNT) creado en 1907 ha estado en el centro de distintas investigaciones: algunas lo veían como un organismo sostenido por profesionales influidos por el positivismo spenceriano quienes, mediante el estudio de la sociedad, trataban de prevenir los conflictos sociales (Suriano, 1990); otros estudios lo incluyen en una tradición liberal reformista, conformada por el liberalismo, el catolicismo social y el socialismo, que recibía la influencia del derecho, la política y la sociología (Zimmermann, 1994); y otros estudiosos enfatizaron las coincidencias programáticas entre funcionarios del DNT y la doctrina social de la iglesia católica y el yrigoyenismo (Garguin, 2000). Están, por supuesto, los más antiguos y conocidos argumentos sobre la intervención del DNT en la negociación colectiva en la década de 1930 (Gaudio y Pilone, 1983). Más recientemente, Hernán González Bollo (2004) ha prestado atención al modelo burocrático-institucional, en el que, en la resolución de cuestiones socialmente problematizadas, las oficinas y sus dependencias, los funcionarios y sus productos interactuaron creativamente entre ellos, con el resto de la administración pública y con las instituciones políticas.

70

Aunque el DNT ha sido objeto de varios estudios, aún quedan numerosos interrogantes y posibles perspectivas de análisis no sólo referidos a esa institución sino también a otras instituciones estatales, como la Secretaría de Trabajo y Previsión y el Ministerio de Trabajo. Podemos preguntarnos, por ejemplo, por las profesiones y saberes de expertos y funcionarios, por las formas de reclutamiento, por las relaciones con otras instituciones y actores sociales.

Preservar la memoria para hacer historia

Una evaluación, aunque sea aproximada, de la historiografía de los trabajadores tiene que incluir, desde nuestra perspectiva, una lectura sobre el estado de los archivos. La preservación de los documentos relacionados con la historia de los trabajadores y de los movimientos sociales en la Argentina (tal vez puedan extenderse algunas observaciones a otros países de América Latina) constituye un desafío que los historiadores están afrontando sólo en forma parcial pues, aunque utilizamos diversas evidencias (memorias sindicales, periódicos, panfletos), esos materiales no han sido adecuadamente recogidos, seleccionados, preservados y protegidos.

Los trabajadores como agentes activos de la protesta social y política produjeron una cantidad enorme de documentos (panfletos, hojas de diverso tipo, diarios, periódicos) a los que pueden agregarse los documentos oficiales de las organizaciones sindicales que no tienen lugar en los archivos públicos estatales ya sea porque no se conservaron, porque fueron destruidos por el celo represivo o porque los gobiernos no ejecutaron (ni ejecutan) políticas de preservación de la memoria obrera. Muchos militantes, organizaciones y grupos relacionados con el movimiento obrero se interesaron por mantener parte de la memoria histórica; pero dicha memoria, como la de otras organizaciones sociales, estuvo siempre amenazada —no sólo en nuestro país sino en el resto del continente americano— por un lado, por la imprevisión, el desinterés y la negligencia pero, por otro lado, por los avatares de la historia, específicamente, por la represión —y el temor que ella genera— que llevó a la destrucción y a la pérdida de materiales importantes.¹¹

La construcción de archivos está íntimamente relacionada con la construcción de memoria y con los desafíos de la preservación. Los archivos están integrados por un conjunto de documentos resultantes de la actividad de una institución o de una persona física y son conformados por una entidad que tiene como finalidad conservarlos y preservarlos. La posibilidad de llevar a cabo esa producción, recepción y conservación de documentos de diversos tipos se sustenta en un rasgo fundamental de los archivos: su carácter institucional.

71

Las instituciones del movimiento obrero, a pesar de los esfuerzos de algunos de sus miembros, no han valorizado la necesidad de conservar parte de su memoria. El acceso a las fuentes para estudiar a los trabajadores fue siempre un peregrinaje por distintas instituciones y visitas a personas que podían atesorar algún material, es decir, se trataba del armado de un rompecabezas donde siempre faltaba una pieza. A veces, esa pieza estaba demasiado lejos —en Holanda, Brasil, España, los Estados Unidos— como parte de la “migración” de documentos debida a la ausencia de políticas públicas coherentes y permanentes que se interesaran en preservar ese patrimonio y también a la acción de instituciones extranjeras con recursos económicos para adquirir colecciones documentales fundamentales.

Otra fuente para el estudio de los trabajadores y las trabajadoras son los documentos de empresas. Por múltiples razones, no es fácil obtener esos archivos fabriles, a veces oscuros y sucios galpones llenos de papeles sin ningún ordenamiento. Como son patrimonio privado, la posibilidad de acceder a ellos depende del interés y de la voluntad que tienen las compañías de facilitar el material que conservan. En muchos casos, la reticencia aumenta si se piensa que ello puede dar lugar a la intervención de los poderes públicos de fiscalización y control, sobre

¹¹ Este rasgo ha sido señalado en diversos trabajos como Lobato y Suriano, 1993; Grez Toso, 1997; Instituto de Filosofía e Ciencias Humanas, 1996-1997; Arquivos Pessoais, 1998.

todo en el plano de las ganancias. Por otra parte, en muchas oportunidades el problema reside en la destrucción de documentación fundamental para el análisis de un conjunto amplio de cuestiones. Pero, no obstante estos inconvenientes, el acceso a los archivos de fábricas es importante para el estudio del capitalismo, para explicar los comportamientos empresarios, para entender las estrategias de mercado, la introducción de tecnología, la formación de profesionales. Además, las fábricas –sus planos, sus fotografías– dan cuenta de aspectos relevantes relacionados con la organización del trabajo y los circuitos de producción. Pero lo más importante es que el uso de la información de fábrica permite acercarnos a datos concretos y cuantificables sobre la población fabril: su origen, edad, género, educación, la estructura de la calificación, la duración de las labores, los sistemas de seguridad, los mecanismos de control y las formas de resistencia.

Pero no son estas las únicas herramientas que utiliza el historiador. “La historia ha sido siempre una crítica de la narración social y, en este sentido, una rectificación de la memoria común. Todas las revoluciones documentales se inscriben en esta trayectoria”, dice Paul Ricoeur en uno de sus libros sobre el tiempo y la narración (Ricoeur, 1996; p. 88). La historia como narración crítica produjo una revolución documental importante con la constitución de los archivos orales. Al desacralizar los documentos tradicionalmente venerados por los historiadores, es decir los documentos escritos, los historiadores sociales, y particularmente aquellos interesados en la experiencia de lucha de los trabajadores, alteraron radicalmente la práctica histórica y buscaron recuperar las voces de los protagonistas. La historia oral es una herramienta fundamental para el análisis de las experiencias laborales y sí, inicialmente, se buscó cubrir con su práctica los vacíos historiográficos y documentales que la ausencia de documentos escritos creaba, luego se prestó atención a los significados de la narración y al lenguaje, y finalmente se consideró detenidamente las cuestiones asociadas a la construcción de memoria y a los problemas relacionados con su transmisión. Existe una importante literatura sobre la valoración y el carácter de las fuentes orales lo que hace innecesario volver sobre este tema. Es más importante señalar aquí que, en general, los documentos orales son el producto de investigaciones, son archivos privados generados por particulares que, desde nuestro punto de vista, pueden ser utilizados por otros investigadores. Por ello es importante generar una política para que las fuentes orales se depositen en aquellas instituciones públicas –estatales o privadas– que permitan su conservación.

Hay también otros registros producidos en el seno de las clases trabajadoras, particularmente entre los grupos letrados y dirigentes: son las memorias y autobiografías militantes que permanecen muchas veces en poder de sus autores como parte de una historia personal. En la Argentina el género de las autobiografías, memorias y biografías fue ampliamente utilizado entre los miembros de la elite. A lo largo de todo el siglo XIX se escribieron y publicaron memorias de

figuras públicas; y se siguen escribiendo en la actualidad. Muchos hombres públicos han dejado las marcas de su escritura, ya sea para dar cuenta de los cambios vertiginosos de la sociedad argentina o para justificar los actos del pasado. Como señala Silvia Mollo, las autobiografías y memorias oscilan entre el yo privado y el hombre público, entre el sujeto y la patria, entre la evocación lírica y el registro, a veces minucioso, de los hechos. A veces el texto (los textos) se confunden con la historia nacional o de un grupo y, entonces, se le reconoce un valor documental.

En toda América Latina se encuentran autobiografías y memorias de la elite; pero mucho más raro es descubrir las huellas de las clases subalternas, de aquellos que no tienen acceso a los recursos necesarios para lograr una autorrepresentación de carácter público traducida en la edición de esas memorias. Si en el siglo XIX en América Latina floreció la autobiografía de la gente decente; en el siglo XX los miembros letrados de las clases proletarias intentarán dejar las huellas de su pasado. Si bien, aunque en número reducido, es posible encontrar publicaciones a lo largo de todo el siglo, hubo momentos donde se multiplicaron –como en los inicios de la década del setenta y desde la finalización de la última dictadura militar.

Los textos de la militancia gremial pueden revelarnos una amplia gama de cuestiones: hablan de la experiencia de crecimiento de la clase obrera y también de la vida laboral; permite interrogarnos sobre el mundo que vivieron y el que esperaban diseñar con su práctica militante; provee un espacio desde el cual interrogar y redefinir las categorías a para comprender el pasado; iluminan sobre la posición social de los actores y sobre las jerarquías sociales y dicen algo sobre el complejo proceso de formación de identidades.

El acceso a documentos personales y familiares es difícil porque implica la intervención de una persona extraña a la memoria de ese grupo. Además, en el caso de figuras importantes, los documentos a veces se reparten entre diferentes miembros de la familia, lo que implica su dispersión, situación que se agrava cuando hay disputas familiares. Papeles empresarios y gremiales, memorias escritas, periódicos sindicales, panfletos de diversas organizaciones sociales, afiches, fotografías y testimonios orales forman parte de archivos privados cuyas condiciones de acceso depende únicamente de las cláusulas establecidas por sus propietarios.

Hemos podido detectar ciertos comportamientos habituales entre aquellas personas que han conformado un archivo privado: a veces, con el objeto de preservar los materiales, se prohíbe el acceso a la información, ocluyendo así la posibilidad de integrarla al patrimonio social; en ocasiones, se permite acceder a la documentación pero bajo el estricto control de sus poseedores, lo que genera una situación ambigua pues se abre el archivo a la consulta pública pero al mismo

tiempo se condiciona su accesibilidad; y otras veces, los dueños de las fuentes privadas entregan los papeles para su consulta con cuentagotas, situación esta en la que no sólo se pierde la riqueza del archivo sino que se fragmenta la información, generando lagunas cognitivas que hacen provisoria cualquier lectura de un determinado acontecimiento o proceso histórico

Como venimos señalando, hay varios tipos de archivos privados: algunos tienen un carácter administrativo que demuestra cierta intención que preside la formación del mismo (gremios, empresas); otros refieren a la intimidad de las personas (correspondencia, diarios íntimos, memorias, agendas, notas de todo tipo, fotografías) Pero todos ellos son importantes para una historia de la cultura del trabajo y, desde la perspectiva de los movimientos sociales, para hacer una historia de la militancia y de sus militantes. No hay ningún archivo que tenga la totalidad de los papeles personales de militantes de bases y líderes de los movimientos sociales. En realidad, estos se encuentran dispersos en innumerables instituciones sindicales y organizaciones políticas, en manos de familiares, en un rincón de una biblioteca o en una caja olvidada. Esa anarquía produce una enorme dificultad para localizarlos. Precisamente, el gran desafío reside en encontrar las fuentes, en hacer un mapa de sus contenidos, en acondicionarlas para su preservación y en ponerlas a disposición de la consulta pública.

74

Bibliografía

ANTUNES, Ricardo (1997), "Para onde va o mundo do trabalho". *Trabalho, Cultura e Cidadania*, Araújo, Angela, San Pablo, Scritta.

ARQUIVOS PESSOAIS (1998), *Estudos Históricos*, Fundación Getulio Vargas Editora, 21

BATALHA, Cláudio, Fernando Teixeira DA SILVA y Alexandre FORTES (2004), *Culturas de classe*, San Pablo, Editora Unicamp.

BERROTARÁN, Patricia y Pablo POZZI (comps.) (1994), *Estudios inconformistas sobre la clase obrera argentina, 1955-1989*, Buenos Aires, Letra Buena

BILSKY, Edgardo (1985), *La FORA y el movimiento obrero*, Buenos Aires, CEAL.

BRENNAN, James (1994), *El cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba*, Buenos Aires, Sudamericana

CANGIANO, Cecilia (1993), "Pensando a los trabajadores: la historiografía obrera contemporánea. Argentina entre el dogmatismo y la innovación", *Boletín*, N° 8, Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana Dr Emilio Ravignani, 2do. semestre

CASTEL, Robert (1997), *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado*, Buenos Aires, Paidós.

DEL CAMPO, Hugo (1983), *Sindicalismo y peronismo: los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, FLACSO

DICÓSIMO, Daniel (2006), "Dirigentes sindicales, racionalización y conflictos durante la última dictadura militar", *Entre pasados*, N° 29

FALCÓN, Ricardo (1985), *Los orígenes del movimiento obrero. 1857-1890*, Buenos Aires, CEAL

— (1987), "Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social (1890-1912)", en *Anuario*, 12, 1986-87, Rosario.

GARGUIN, Enrique (2000), "Relaciones entre Estado y sindicatos durante los gobiernos radicales, 1916-1930", en J. Panettieri (comp.), *Argentina: trabajadores entre dos guerras*, Buenos Aires, Eudeba

GAUDIO, Ricardo y Jorge PILONE (1983), "El desarrollo de la negociación colectiva durante la etapa de modernización industrial en la Argentina, 1935-1943", en *Desarrollo Económico*, vol. 23, N° 90, julio/septiembre.

75

— (1994), "Estado y relaciones laborales en el período previo al peronismo, 1935-1943", en *Desarrollo Económico*, vol. 24, N.º 94, julio/septiembre.

GODIO, Julio (1972), *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes, asalariados y lucha de clases, 1880-1910*, Buenos Aires, Erasmo.

GONZÁLEZ BOLLO, Hernán (2004), "La cuestión obrera en números: la estadística sociolaboral argentina y su impacto en la política y la sociedad, 1895-1943", en Hernán Otero (comp.), *El mosaico argentino*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno.

GORDILLO, Mónica (1996), *Córdoba en los '60: la experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

GREZ TOSO, Sergio (1997), "El sistema de documentación e información sindical de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, una experiencia original", en *Entrepasados*, N.º 12, Buenos Aires.

Historia social (1991), Instituto de Historia Social UNED, Valencia.

HOBBSBAWN, Eric (1979), *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona, Crítica.

— (1987), *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica.

INSTITUTO DE FILOSOFÍA E CIENCIAS HUMANAS (1996-1997), *Archivos e Memória*, número especial de *Archivo Edgard Levenroth (AEL)*, 5/6.

Internacional Labor and Working Class History (2000), N.º 57, primavera.

JONES, Gareth Stedman (1989), *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo Veintiuno.

JAMES, Daniel (1990), *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana.

KARUSH, Matthew (2002), *Workers or Citizens. Democracy and identity in Rosario, Argentina. (1912-1930)*, Albuquerque, University of Mexico Press.

LOBATO, Mirta Zaida (2001), *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo.

— (2003), "De las huelgas a los cortes de ruta: la historiografía sobre la protesta social en Argentina", en *Anuario de Estudios Americanos*, Sevilla, LX- 1, enero-junio.

— (2007), *Historia de las trabajadoras en la Argentina, 1869-1960*, Buenos Aires, EDHASA.

LOBATO, Mirta Zaida y Fernando ROCCHI (1991) "Industria y trabajadores: el valor de los archivos de empresas como fuente documental", en *Entrepasados*, N.º 1, Buenos Aires.

LOBATO, Mirta Zaida y Juan SURIANO (1993), "Trabajadores y movimiento obrero: entre la crisis de los paradigmas y la profesionalización del historiador", en *Entrepasados*, N.º 4/5, Buenos Aires.

LORENZ, Federico (2007), *Los zapatos de Carlito. Un historia de los trabajadores navales de Tigre*, Buenos Aires, Grupo Editorial Norma.

LVOVICH, Daniel y Juan SURIANO (ed.) (2006), *Las políticas sociales en perspectiva histórica. Argentina, 1870-1952*, Buenos Aires, Prometeo.

MOLLOY, Silvia (1996), *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, México, FCE.

MONTGOMERY, David (1997), *El ciudadano trabajador. Democracia y mercado libre en el siglo XIX norteamericano*, México, Instituto Mora.

OVED, Iacov (1978), *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo Veintiuno.

PALOMINO, Héctor (2005), "Los cambios del mundo del trabajo y los dilemas sindicales", en J. Suriano (dir.), *Dictadura y democracia*, Buenos Aires, Sudamericana.

PANETTIERI, José (1966), *Los trabajadores en tiempos de la inmigración masiva en Argentina, 1870-1910*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

PANIAGUA, J., J. PIQUERAS y V. SANZ (eds.) (1999), *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, Biblioteca Historia Social.

POZZI, Pablo (1988), *Oposición obrera a la dictadura*, Buenos Aires, Contrapunto.

— (2000), *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Buenos Aires, Eudeba.

RICOEUR, Paul (1996), *Tiempo y narración*, Vol. III, "El tiempo narrado", Madrid, Siglo XXI.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia y Rossana BARRAGÁN (comps.) (1997), *Debates post coloniales. Una introducción a los estudios de la subalternidad*, La Paz, Historias.

ROCK, David (1977), *El radicalismo argentino*, Buenos Aires, Amorrortu.

ROLDÁN, Marta (1992). "La generización del debate sobre procesos de trabajo y reestructuración industrial en los noventa. ¿Hacia una nueva representación androcéntrica de las modalidades de acumulación contemporánea?", en *Estudios del Trabajo*, N° 3, Buenos Aires, ASET, enero/junio.

SOPRANO, Germán (2000), "El Departamento Nacional del Trabajo y sus proyectos de regulación estatal de las relaciones capital-trabajo en Argentina, 1907-1943", en J. Panettieri (comp.), *Argentina: trabajadores entre dos guerras*, Buenos Aires, Eudeba.

SURIANO, Juan (1991), "El Estado argentino frente a los trabajadores urbanos: política social y represión, 1880-1916", en *Anuario*, N° 14, Rosario, Universidad Nacional de Rosario

— (comp.) (2000), *La cuestión social en Argentina, 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena.

— (2001) *Anarquistas. Política y cultura libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial.

— (2006), "Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores", en Jorge Gelman (comp.), *La historia económica en la encrucijada*, Buenos Aires, Prometeo

THOMPSON, E. P. (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica

TORRE, Juan Carlos (1988), *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa

— (1990), *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana

VIGUERA, Aníbal (1991), "Participación electoral y prácticas políticas en los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922", en *Entre pasados*, N° 1, Buenos Aires.

ZIMMERMANN, Eduardo A. (1994), *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1810-1916*, Buenos Aires, Sudamericana

Resumen

Desde 1983 se produjeron algunos cambios en los modos de hacer historia de los trabajadores y en los temas abordados en la Argentina. En este texto se examinan algunos de los problemas, temas y perspectivas de análisis, se señalan algunos vacíos historiográficos y se proponen líneas para investigaciones futuras. También incluimos un somero análisis sobre la necesidad de preservar documentos importantes para reconstruir la historia laboral y de los movimientos sociales en Argentina.

Abstract

The main goal of this article. 'Problems and Questions in Argentinian Labor History' is to carry out a brief analysis of workers historiography in Argentina, particularly since 1983. We will try to examine the new labor historiography, to point out several gaps in working class history and to propose topics for future research. We also include our position about the preservation of the documents that allow performing diverse histories about workers and social movements in Argentina. Even though historians have used diverse evidences (union papers, newspapers, leaflets) those materials have not been correctly gathered, selected, preserved and protected.

Descriptores

(clase obrera)
(historiografía)
(conflicto social)
(cultura obrera)
(género)

Key words

(working class)
(historiography)
(social conflict)
(working class culture)
(gender)